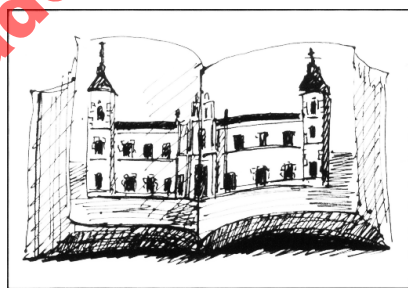


[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Felipe de la Morena Calvet

Deng Xiaoping  
y el comienzo  
de la China actual

Recuerdos de un testigo



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°47—

MADRID • MMXVI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © FELIPE DE LA MORENA CALVET

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO. ALICIA ARÉS  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, MARÍA VENEGAS GRAU Y JAVIER RUPÉREZ RUBIO

Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Primera edición: Noviembre 2016

Segunda edición: Agosto 2022

I.S.B.N: 978-84-946262-5-8

Depósito legal: M-38341-2016

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

A Maichi,  
mi mujer,  
compañera, amiga  
y madre de mis hijos,  
que siempre está.

[www.cuadernosdelabernito.com](http://www.cuadernosdelabernito.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

*Deseo expresar mi agradecimiento a los compañeros y colaboradores que, durante mi Embajada en Pekín, me ayudaron, con tanta dedicación y profesionalidad, a comprender la realidad china y a promover y defender los intereses de España:*

*Norberto Ferrer*

*Eduardo Quesada*

*Juan Manuel López Nadal*

*María Pérez Ribes*

*Antonio Segura*

*Miguel Bauzá*

*Carmen de la Peña*

*Carmelo Angulo*

*Agustín Santos*

*Ana Isabel Cifuentes*

*Muchas gracias.*

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)





El autor con Deng Xiaoping. (1979)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## Nota del autor a la segunda edición

Me ofrece mi editora, Alicia Arés, publicar una segunda edición de mi libro *Recuerdos de un testigo sobre Deng Xiaoping y el comienzo de la China actual*, por haberse agotado la primera edición y continuar la demanda del libro.

No puedo ocultar mi satisfacción por este interés de los lectores pues es frecuente contemplar cierto desinterés por el pasado reciente, dada la rapidez con que se desarrollan los acontecimientos históricos en el momento presente. Al parecer, China sigue despertando una curiosidad importante y me alegro de ello pues resulta frecuente ver cómo, a veces, se reescribe la historia, ateniéndose a criterios de actualidad, silenciando hechos determinantes del pasado que la explican y condicionan.

Los hechos que se describen en este libro, en su mayoría, sucedieron hace más de cuarenta años. Desde entonces, China ha vivido una evolución colosal en su realidad económica y social. Ello ha sido debido, en gran medida, a la visión y determinación de una personalidad, para mí excepcional, Deng Xiaoping, que, tras la muerte de Mao, supo orientar la política económica del país por derroteros impensables hasta entonces, consiguiendo sacar de la pobreza extrema a millones de chinos. Su gran visión fue abandonar la política económica marxista leninista que había seguido Mao y establecer un socialismo, «de características chinas», lanzando la política de «Reforma Económica y Apertura al Exterior», que instauró una liberalización económica en los sectores no estratégicos.

El espectacular resultado ha llevado a pasar, de un renta per cápita de 217 euros en 1978, a 10451 euros en 2021 y a un PIB absoluto que supera los 14 billones de euros. Los juegos Olímpicos de 2008 fueron ya un escaparate brillante de lo conseguido hasta entonces.

Inicio el último capítulo de este libro, con el sugerente epígrafe de *¿Hacia dónde va China?*, pregunta, a la que solo con el paso tiempo se

podrá responder, aunque hasta ahora, se puede decir, que el desarrollo de las políticas socio-económicas de Deng que se han venido aplicando han producido el éxito al que acabo de referirme.

Otra cuestión, en cambio, es el tema político. Deng no quiso dar el paso hacia la democracia y la situación política sigue caracterizada por el inmovilismo. Después de sucederse varios presidentes con mandatos limitados en el tiempo, lo que fue un logro interesante y tras el nombramiento de Xi Jinping como presidente en 2013, y su reelección en 2017, se eliminó, ese mismo año, el límite de mandatos, que era de dos consecutivos. En la actualidad, el presidente de la República es también secretario general del Partido y presidente de la Comisión Militar Central, con lo que las tres instancias máximas del poder político quedan concentradas en una misma persona

Es cierto, que en el capítulo de las relaciones internacionales ha habido programas en la línea marcada por Deng, como la Ruta Marítima y Terrestre de la Seda, enfocada en la práctica, además de hacia el Sudeste Asiático, hacia los países de África y América Latina. En cambio, la actual guerra comercial con Estados Unidos la evitó Deng, que buscó y consiguió un entendimiento con el coloso americano. Por otra parte, la pandemia del covid-19 ha llevado en China a la imposición de medidas de control interno, que el desarrollo tecnológico ha hecho aún más estrictas. Finalmente, la agresión rusa a Ucrania, que ha dislocado el tablero de ajedrez de las relaciones internacionales ha llevado a China a adoptar una actitud que pretende ser equidistante entre los contendientes, aunque procurando, al mismo tiempo, sacar partido de las dificultades económicas rusas

Ante los hechos descritos, adquiere aún mayor vigencia lo expresado en el último párrafo de este libro, al mostrar mi confianza, tal vez mejor sería decir mi esperanza, de que el legado de Deng, contrario a las pretensiones hegemónicas, consiga mantener una relación de cooperación y respeto con todos los países de la comunidad internacional, ya que este es el único camino que puede asegurar a las generaciones futuras «mil años de paz y prosperidad».

## A manera de prólogo

*Jamás longevidad más milenaria*

*tornó mi rango más adolescente.*

«Rimas Cifradas» Mariano Ucelay

Tenía decidido, hace tiempo, que las abundantes notas, en que fui dejando constancia de los acontecimientos de que había sido testigo inmediato, durante mi vida profesional, solo servirían de lectura curiosa y, tal vez, de interés para mis hijos y nietos. Sin embargo, atendiendo a la sabiduría popular que enseña que rectificar es de sabios, llegué a la conclusión de que merecía la pena publicar algunas de aquellas notas. Decidí empezar con los «recuerdos» de mi Embajada en Pekín, a fines de los años setenta y principios de los ochenta, del siglo pasado, dada la importancia de los hechos que presencié en aquellos años.

Desde mi juventud, siempre había sentido una especial fascinación por China, el lejano y difícilmente abarcable país del Extremo Oriente. Sus formas de vida, sus líneas de pensamiento, su historia, su cultura, todo ello resultaba extraordinario y atrayente. China aparecía, además, ante mis ojos, como un territorio inmenso y a la vez misterioso.

Marco Polo había sido el primer inspirador de mis fantasías y el desvelador de realidades históricas increíbles. Años después, sentiría la atracción de cualquier relato que me acercara a aquellos

misterios, sin exigir mucho sobre su calidad e incluía, en mi interés por China, novelas policiacas, como las de Sax Rohmer, quien creó el, para mí, inolvidable personaje del «malvado Fu Manchu», sobre el que se hicieron películas, algunas interpretadas por Boris Karloff, que aún recuerdo, con su impasible y misteriosa apariencia y su hablar pausado y amenazador.

Más tarde, serían otros autores —y citaré a Pearl S. Buck, Snow, o Peyrefitte— quienes aumentaron mi curiosidad por lo extraordinario e imprevisible de aquel continente, que albergaba un potencial humano inmenso, un cuarto de la humanidad, en un territorio, solo superado entonces por la URSS y Canadá, con grandes desiertos, enormes ríos, inundaciones, grandes hambrunas y finalmente una dictadura incomprensible y despiadada, capaz de crear un fenómeno tan delirante como la Revolución Cultural, que podía provocar un futuro amenazador, y que hacía recordar a Peyrefitte, la célebre reflexión atribuida a Napoleón: «Cuando China despierte...»

Mi llegada a China, para asumir la Representación de mi país, significó, en el terreno personal, llegar al mundo de mis recuerdos juveniles y de mi curiosidad más reciente, convertido en realidad tangible, con problemas sorprendentes, que requerían inmediatas soluciones. Un territorio que se había considerado el centro del mundo, el «*chung Guo*», el país del centro, que había vivido aislado una historia milenaria y que, tras la dictadura de Mao, prometedora primero y aterradora después, parecía iniciar un nuevo camino de modernidad.

Al decidir publicar estos recuerdos, cambié, sin embargo, la orientación de mis notas, para que no constituyeran un relato de mi vida sino la descripción de mis percepciones sobre el momento que me tocó vivir en China y, especialmente, sobre la gran transformación que entonces comenzó a experimentar aquel país colosal.

Lo importante no era lo que a mí me hubiera podido suceder entonces sino lo que estaba ocurriendo en mi entorno, y ello es lo que he querido reflejar en este libro, si bien, en la descripción de los hechos, me he permitido incluir algunas anécdotas personales para hacer más amena y liviana su lectura.

Creo que tuve la suerte de estar «en el momento y lugar oportuno» y ser testigo de excepción del comienzo de un «cambio», en China, que modificaría el curso de su historia, haría posible su espectacular desarrollo actual y la convertiría en la potencia económica a escala mundial que es hoy. Todo ello, promovido y dirigido, por quien considero una de las figuras más destacadas e interesantes del siglo XX, Deng Xiaoping.

Soy consciente, sin embargo, de lo limitado de mis propias percepciones, a la hora de describir, con precisión, lo que estaba sucediendo en China en aquellos años, dado lo inabarcable de la realidad china y lo lejanas que resultan para un occidental, las formas de pensar y de actuar de los chinos. ¿Posos, tal vez, de una cultura milenaria?

No quisiera caer en la osadía, que tanto critiqué entonces, de quienes, cargados de prejuicios, llegaban a Pekín dispuestos a escribir un libro sobre China y a quienes yo preguntaba, con la peor intención:

—¿Cuánto tiempo permanecerá en China?

—Un par de semanas —me respondían con ingenuidad.

—Ah, entonces sí puede escribir su libro. Si fuera a permanecer más tiempo, le resultaría ya más difícil.

Teniendo ello en cuenta, al ofrecer, en las páginas que siguen, mis comentarios sobre lo sucedido en China en aquellos años, lo hago con total humildad, consciente de que puedo haberme equivocado en mis percepciones. Lo que sí puedo asegurar es que son sinceras.

Para situar, con una mejor perspectiva, los hechos históricos que me tocó presenciar y recordando el proverbio chino que dice que «repasando el pasado se comprende el futuro», he dedicado varios capítulos iniciales a exponer los hechos más importantes que condujeron a la revolución comunista que lideró Mao Zedong y al establecimiento y desarrollo de su dictadura. Debo recordar, que Deng Xiaoping desempeñó un papel destacado, como colaborador de Mao, en la tarea de imponer en China una sociedad marxista leninista, si bien, al disentir en determinados momentos del Gran Timonel, caería en desgracia, especialmente durante la Revolución Cultural cuando, tanto Deng como su familia, fueron víctimas de la arbitrariedad y el capricho de aquella gran locura.

Creo que la descripción de aquel pasado inmediato servirá para entender mejor la situación a la que tuvo que hacer frente Deng Xiaoping y el alcance de sus reformas cuando, finalmente, consiguió asumir el control del poder en China, tras la muerte del Gran Timonel. Un periodo que comenzó durante la presidencia de Hua Guofeng y que quedó consolidado plenamente, cuando este último se vio obligado a abandonarla.

Las actuaciones de Deng, a medida que fue controlando los resortes del Partido y de la Administración —entre los años setenta y ocho y ochenta y dos— marcaron una época muy intensa, en la que resultaba difícil conocer con precisión lo que estaba sucediendo tras las bambalinas del poder. El cambio que quería conseguir Deng pivotaba en torno a su propia persona y, aunque tuve el privilegio de estar con él y escuchar directamente sus criterios y sus puntos de vista en diversas ocasiones, no resultaba fácil conocer a fondo su compleja personalidad o sus proyectos concretos, más allá de lo que él permitía que se supiera de sí mismo y de sus objetivos de cambio.

Terminada mi misión en Pekín, continué interesándome por los acontecimientos que posteriormente se desarrollaron en China,



en los que Deng fue protagonista, y traté de ampliar mis conocimientos sobre aquella excepcional personalidad, a través de los estudios que se fueron publicando sobre él.

Sin embargo, en las páginas de este libro, he dado prioridad a mis impresiones personales, por considerarlas más directas y, para mí al menos, más válidas, centrándome en la descripción de los hechos acaecidos durante los años que permanecí en China.

Resulta complicado, en todo caso, acercarse a tan fascinante personaje, ya que su línea de actuación política no fue unívoca. Entiendo, que su primer gran mérito fue darse cuenta de la inoperancia del sistema, lo que le llevó a rectificar su anterior fidelidad a la ortodoxia económica marxista y a iniciar un camino que, apartando los planteamientos ideológicos, permitiera abordar con realismo los problemas cotidianos.

El objetivo final de Deng Xiaopin, proclamado abiertamente por él mismo, fue conseguir el mayor bienestar posible para el mayor número posible de chinos o, dicho de otro modo, había que sacar a China de la pobreza y el estancamiento en que se encontraba a la muerte de Mao y dotarla del nivel de desarrollo que la situara en un lugar destacado en el concierto de las naciones. Si para ello era necesario abandonar las doctrinas económicas marxistas y crear un sistema de «economía de mercado», así se haría.

He procurado, reflejar el ambiente creado por las primeras medidas adoptadas a iniciativa suya, que significaron el comienzo de un proceso de auténtica modernización del país, que consiguió sacar adelante, con éxito, después de los fracasos de intentos históricos anteriores, a los que me referiré también en las páginas de este libro.

Tuvo un empeño personal en que se incorporaran las nuevas tecnologías al proceso productivo, lo que supuso una apertura al exterior, así como en que se adoptara una actitud pragmática en la

conducción de la política económica. Para él, una nueva sociedad con mayores conocimientos sacaría a China del atraso económico e intelectual en que se encontraba y elevaría su nivel de vida. Su punto débil fue que no se atrevió a dar ni, al menos, a encauzar el salto cualitativo de apostar por la democracia.

Presentaré, por tanto, en las páginas siguientes, como figura central de estos «recuerdos», la de Deng Xiaoping como político pragmático, autoritario y tecnócrata, empeñado en conseguir una China moderna. He tratado, sin embargo, de evitar que el libro sea un alegato, a favor o en contra, de sus actuaciones y, mucho menos, he pretendido ser juez de quien, con sus aciertos y errores, ha sido el artífice de la China actual.

Durante los treinta años de la dictadura maoísta, Deng había sido una figura política incombustible ya que, pese a su cercanía a Mao, pudo sobrevivir la peligrosa proximidad del Gran Timonel, si bien, tuvo que sufrir las purgas que le alejaron temporalmente del poder pero al que siempre, sin embargo, consiguió volver.

Tras la desaparición de Mao, se produjo su regreso definitivo a la cúpula de mando, desde donde se dedicó, con el mismo tesón y esfuerzo con que había ayudado a construirlo, a desmontar el sistema económico del comunismo maoísta, convencido de que tal sistema ni había conducido ni podía conducir al bienestar de sus compatriotas ni a la modernización de China.

Su proyecto incluía, sin embargo, mantener al país bajo la autoridad absoluta del Partido Comunista, dado su convencimiento personal, de que si desaparecía el control del Partido, se produciría un regreso a las épocas de desintegración de China, vividas en su juventud. Su difícil tarea fue hacer compatible la estructura política dictatorial del Partido, con un sistema económico capitalista. Evidentemente, se trataba de un «comunismo a la china».

China había sido siempre un mundo bastante desconocido no solo para los españoles sino en general para Occidente, donde habían prevalecido ideas preconcebidas y tópicas, salvo para ciertos investigadores que habían estudiado con dedicación la realidad china —entre los que cabría incluir a algunos de los llamados *China watchers*—, para los diplomáticos, destinados en China o los misioneros de algunas órdenes religiosas, que habían ejercido su labor en aquel inmenso país.

He creído de interés incluir, en estos recuerdos, algunas notas sobre las relaciones entre España y China, que cuentan con un amplio recorrido histórico, deteniéndome, especialmente, en el establecimiento, en 1973, de las relaciones diplomáticas entre España y la República Popular China —en cuyas negociaciones, por caprichos del destino, tuve el honor de participar— así como en la visita de Estado a China de los reyes don Juan Carlos y doña Sofía, en junio de 1978, que considero fue el acontecimiento que contribuyó, decisivamente, a despertar una curiosidad e interés por España entre los líderes chinos, como pude comprobar posteriormente, durante mi misión en Pekín.

Para completar mi visión de lo sucedido en aquellos años, he incluido referencias a los importantes acontecimientos que, entre tanto, se estaban produciendo en España, donde se estaba viviendo la transición de la dictadura anterior a la democracia, contemplados desde mi lejano observatorio de Pekín. Si, por exigencia profesional, la obligación de todo diplomático es acercarse y conocer las realidades del país ante el que esté acreditado, también debe tener muy presente, en todo momento, el acontecer de su propio país, a fin de poder llevar a cabo, adecuadamente, la defensa de sus intereses.

Termino la narración de mis percepciones de aquellos años, con un capítulo que dedico a la China del futuro «¿Hacia dónde va

China?» pregunta a la que, por otra parte, solo el tiempo dará una verdadera respuesta.

Espero que las anteriores consideraciones, sirvan de presentación a estos recuerdos de un testigo, que vivió de cerca los comienzos de esa gran transformación de China, que diseñó y llevó a cabo una personalidad sorprendente, Deng Xiaoping.

FELIPE DE LA MORENA

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## I

### Lisboa, mayo de 1978. Una misión inesperada

La primavera en Lisboa es de gran belleza. Hay una verdadera eclosión de luz y de flores. Sin embargo, aquel día de mayo de 1978 había amanecido lluvioso. La brisa que subía por el Tajo vapuleaba las jacarandas. Las jacarandas de Lisboa, como las de Túnez o las de Madrid, me han fascinado siempre y me han traído suerte.

Sonó el teléfono: «El Sr. Subsecretario quiere hablar con Vd.», me dijo una de aquellas voces, amistosas y anónimas, del eficiente Gabinete telegráfico del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Era entonces Subsecretario Miguel Solano, gran persona y excelente profesional. Me llamaba por encargo del ministro, Marcelino Oreja, para ofrecermela Embajada en Pekín, con el ruego de que le diera, cuanto antes, una respuesta. Me señaló que sería el primer Embajador nombrado por el rey en China. Le agradecí la inesperada noticia y le dije que, antes de responderle, deseaba hablar con mi mujer. Así de escueta fue la conversación que iba a decidir, en gran medida, el futuro de nuestros próximos años.

Mi mujer, por supuesto, se mostró de acuerdo e incluso me dijo que le parecía apasionante aquel destino. La verdad es que siempre me ha apoyado en nuestro frecuente deambular por el mundo, aunque muchas veces los diferentes destinos supusieran sacrificios tanto para ella como para nuestra vida familiar. Su total apoyo me ha dado una gran seguridad a la hora de tomar decisiones, sabiendo que contaba con su constante comprensión. Ese mismo día acepté el ofrecimiento.

Dos años antes, se me había destinado, como ministro consejero, a nuestra Embajada en Lisboa, al frente de la cual fue nombrado Embajador, meses después, Fernando Rodríguez-Porrero y Chávarri, un excelente jefe con gran dedicación profesional.

Era aquel un momento en que los Gobiernos de España y Portugal deseaban normalizar sus relaciones, al haberse establecido la democracia en ambos países y haber quedado superados los sucesos acaecidos en los primeros momentos de descontrol de la portuguesa Revolución de los Claveles y últimos años de la dictadura en España<sup>1</sup>. Ambos Gobiernos se esforzaban en abrir nuevos capítulos de entendimiento, siendo el más importante la conclusión del Tratado de Amistad y Cooperación entre España y Portugal, que sustituyó al Pacto Ibérico que Franco y Salazar habían firmado más de treinta años<sup>2</sup> antes. El nuevo tratado se había negociado sin mayores problemas. Mi interlocutor, en el Ministerio de Exteriores portugués, fue el Director para Europa, Gregorio Farías. De aquella época y de aquellos contactos viene mi enorme admiración por la caballerosidad y sentido de la dignidad de los portugueses<sup>3</sup>.

Desde que conocí en Lisboa que mi nuevo destino sería Pekín, dirigí hacia China mi mayor atención. Ello no obstante y a fin de situar al lector en los movimientos históricos que voy a describir, referiré aquí, primero, algunos hechos relevantes que se estaban produciendo en España, en plena «transición a la democracia».

Esta «transición» se estaba produciendo en medio de muy importantes dificultades pero con gran altura de miras por parte de políticos y ciudadanos, enfrentados todos al terrorismo de ETA y de otros grupos terroristas que trataban de hacerla imposible.

---

1. Nuestra Embajada y nuestra Cancillería habían sido saqueadas en los primeros momentos de la Revolución.

2. Había sido firmado el 20/12/1942.

3. SSMM Los reyes de España iniciaron una visita a Lisboa el 3/05/1978.

Sin embargo, la guerra civil española de 1936 continuaba presente en el imaginario colectivo y la gran mayoría de quienes la habían vivido estaban decididos a que la tragedia no volviera a repetirse; por otra parte, el país estaba transformado gracias, sobre todo, al aumento de las clases medias.

El desarrollo económico y el sentido común se unieron en aquel delicado proceso, a cuyos más importantes actores conviene recordar. En primer lugar, el rey don Juan Carlos que, habiendo recibido todos los poderes del Estado, los fue cediendo a las instituciones que se fueron creando, con lo que pasó a asumir un papel moderador, arbitral y representativo, aunque de hecho se convirtió, en palabras del título de un libro de Charles T. Powell, en el «piloto del cambio».

La otra personalidad que desempeñó un papel decisivo fue Adolfo Suárez. Hacía dos años que el rey le había nombrado presidente del Gobierno<sup>4</sup> tras conseguir la dimisión del anterior presidente, Carlos Arias Navarro, quien había estado frenando la transición a la democracia. Adolfo Suárez era persona joven y poco conocida, que procedía del Régimen anterior por lo que fue recibido con desconfianza por amplios sectores del país. Sin embargo, el rey deseaba contar con un presidente joven, leal a su persona, dispuesto a dirigir el cambio de la dictadura a la democracia y que, al menos de momento, no chocara con el *bunker*<sup>5</sup>. Desde su punto de vista, una nueva generación de políticos debía asumir esa responsabilidad.

Una tercera figura que, a veces, no es suficientemente recordada, es la de Torcuato Fernández Miranda quien, tras ser nombrado presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, hizo posible la elección de Adolfo Suárez al conseguir que se le incluyera en la terna

---

4. 3 de Julio de 1976.

5. Los nostálgicos del Régimen anterior.

presentada al rey, según la legalidad vigente entonces. Fue él quien diseñó el proceso que permitió pasar, sin violencia, de la dictadura a la democracia, reformando la legalidad existente, haciendo posible ir, según su célebre frase, «de la ley a la ley».

Aquella transición había marcado una serie de hitos importantes de los que citaré solo algunos: la aprobación en *referendum* por las antiguas Cortes (15/12/1976) de la Ley para la Reforma Política, que hizo posible y jurídicamente legal el cambio posterior; la legalización de los partidos políticos, incluido el comunista (9/4/1977); la transmisión de la legalidad dinástica al rey don Juan Carlos (14/5/1977), realizada por su padre el conde de Barcelona; la celebración —después de más de cuarenta años— de unas elecciones generales (15/6/1977) con participación de todos los partidos del espectro político, que dio el triunfo a la opción centrista de UCD (Unión del Centro Democrático) creada por Suárez y, finalmente, la elaboración por las Cortes de una Constitución, aprobada en *referéndum* en diciembre de 1978, cuya mayor importancia y novedad histórica fue el ser una Constitución de consenso, que llevó a España a un largo periodo de paz, democracia y prosperidad.

Adolfo Suárez nombró ministro de Asuntos Exteriores a Marcelino Oreja, diplomático de Carrera, que había sido Subsecretario de Exteriores con el ministro Areilza, en el primer Gobierno de la Monarquía y que, anteriormente, había sido jefe del Gabinete del ministro Castiella y había pertenecido al Grupo Tácito que, en los últimos años de la dictadura, impulsó la creación de estados de opinión que facilitarían el cambio político. Desde su nombramiento como ministro de Exteriores, estaba desarrollando una intensa actividad, para dar a conocer en el exterior la nueva realidad de la democracia española. Hay que tener en cuenta que, en el orden internacional, España tenía que salir de una situación de ostracismo y desconfianza. El ministro Oreja, actuó con gran habilidad y logró



el establecimiento de relaciones diplomáticas, con Moscú, con los países del Este de Europa y con Méjico, se acercó a los países de nuestro entorno europeo, consiguió el ingreso de España en el Consejo de Europa y firmó con la Santa Sede, los acuerdos que sustituyeron al Concordato de 1953, tras la renuncia del rey a los privilegios históricos de la Corona.

Con ser muy importante lo que en aquellos momentos estaba sucediendo en España, China, al otro lado del mundo, era la que reclamaba mi atención, ya que las noticias que me llegaban y que yo buscaba con fruición, mostraban que estaban sucediendo allí hechos de enorme interés para el futuro del continente, tras el fallecimiento, dos años antes, de Mao Zedong, que la había gobernado con mano de hierro durante treinta y cuatro años.

Hua Guofeng era el nuevo primer mandatario de China pero la figura emergente parecía ser la de Deng Xiaoping quien, a pesar de sus anteriores alejamientos del poder y de las humillaciones sufridas durante la Revolución Cultural, había regresado a los centros del poder político. Su figura se consolidaba, a la vez que parecían concretarse sus proyectos para conseguir el desarrollo y la modernización de China.

Las incógnitas, sin embargo, eran todavía, para mí, muchas y muy importantes. ¿Sería posible que China entrara, por fin, en una vía de modernización y progreso de la mano de aquel líder, poco conocido hasta entonces? ¿No estaríamos ante el espejismo de otra modernización fallida, como las que se habían intentado en el pasado?

Aquellas interrogantes tenían sentido, ya que no era la primera vez que se iniciaba un proceso de modernización en China. En 1911, la República China de Sun Yatseng y en 1949, la República Popular que instauró Mao, también lo habían pretendido y, si miramos con cierto rigor, incluso en la época del Imperio, en los últimos años de

la dinastía Qing, hubo intentos de modernización. Todos ellos se habían visto frustrados por causas diversas.

El primero de esos intentos coincidió con los últimos años del imperio Manchú<sup>6</sup>. Ci xi<sup>7</sup>, la gran emperatriz viuda —figura clave de ese «gran *puzzle*» que, para estadistas e historiadores occidentales, fue el Imperio chino del siglo XIX— y mujer de indudable personalidad y carácter<sup>8</sup>, decidió, en las últimas etapas de su reinado, que su Gobierno debía poner en práctica una «nueva política de modernización del Imperio»<sup>9</sup>.

Habían resultado, sin embargo, difíciles de creer aquellos deseos de modernización de la emperatriz, dado que su voluntad siempre se había aferrado a la tradición, tanto al hacer frente a las rebeliones internas como a las consecuencias de las guerras del opio o a la codicia de las principales naciones de Occidente y de Rusia. Sus promesas de modernización o bien fueron una argucia más para defender sus objetivos prioritarios —la supervivencia de la dinastía y el mantenimiento del Imperio— o bien sus medidas llegaron demasiado tarde. Aquellos propósitos modernizadores no llegaron a consolidarse. En todo caso, pocos años le quedaron a la emperatriz, quien murió en 1908, subiendo al trono, una vez más, un emperador-niño de dos años, Puyi, «el último emperador de China».

---

6. La dinastía Qing (Manchú) gobernó China desde el fin de la dinastía Ming, cuyo último emperador murió en 1644, hasta 1911, en que Sun Yatsen proclamó la República.

7. Tzu Hsi.

8. La «bondadosa y alegre», (1861-1908), pasó de concubina de último grado del emperador Xian feng a Regente, al haberle dado un hijo varón, Tongzhi, proclamado emperador a los cinco años. Junto a la emperatriz viuda, Zhen, acabó con los Regentes nombrados por el difunto emperador Xian fen y, muerto también su hijo Tongzhi, consiguió que se nombrara nuevo emperador a su sobrino, Guang xu de tres años, permaneciendo ella como Regente.

9. En 1906 parece que se pensó incluso en crear una monarquía constitucional con un Parlamento elegido.

Tal vez, lo más importante de aquellos intentos de modernización del Imperio fue que los hicieron suyos algunos grupos de intelectuales y del alto funcionariado chino, que llegaron al convencimiento de que había que conseguir un cambio radical en la gobernanza del país para que este pudiera desarrollarse, a fin de poder hacer frente al acoso de las potencias extranjeras, aunque para ello hubiera que aplicar los métodos de los «bárbaros de Occidente», su ciencia y sus técnicas, arrinconando, al mismo tiempo, tradiciones milenarias.

Modernización y nacionalismo acabaron siendo las fuerzas motrices que llevaron a Sun Yatsen y a sus partidarios a la proclamación de la República, el 1 de enero de 1912. Pero esos objetivos modernizadores tampoco pudieron lograrse. Sun Yatsen solo fue un presidente provisional, ya que carecía de ejército y de dinero. En consecuencia, el primer presidente de la recién nacida República fue Yuan Shikai, Jefe del ejército en el antiguo régimen, que había negociado la abdicación del emperador y su permanencia en el palacio imperial quien, primero, intentó crear su propia dinastía y que, al igual que harían otros jefes militares acantonados en diferentes provincias, acabaría convirtiéndose en «señor de la guerra», iniciándose así un periodo de guerra sin cuartel, de todos contra todos.

Sobre este panorama de guerras e incertidumbres se impondrían los nacionalistas del *Guomindang*, bajo la dirección de Chiang Kaishek, quien trataría, también sin éxito, de modernizar la República. Chiang tuvo que hacer frente a la invasión japonesa, a una corrupción galopante en sus propias filas y al empuje de la nueva fuerza emergente, el comunismo, que acabó liderando su gran rival, Mao Zedong quien, finalmente, se haría con el poder absoluto en China, tras derrotar a los nacionalistas, que tuvieron que abandonar el continente y refugiarse en Taiwán.

Mao, cuya figura y obra analizaré en los siguientes capítulos, al proclamar en 1949 la República Popular, anunció la modernización de China, mediante un cambio radical de su realidad socio-económica, basado en la aplicación del marxismo-leninismo soviético, adaptado, más o menos improvisadamente, a la realidad campesina china. Pero esa modernización también fracasó. Su férrea dictadura, ideologizada y muchas veces en abierta oposición a los principios elementales de la realidad económica y de sus leyes, conduciría a múltiples fracasos que culminarían en lo que resultó ser el canto del cisne de su dictadura, la Revolución Cultural. Con ella, Mao pretendió imponer, mediante el terror<sup>10</sup>, su pensamiento más radical a la vez que trataba de proteger su propio poder absoluto, ya en el comienzo de su declive vital.

De nuevo volvía a hablarse de una modernización de China y pronto me sería posible conocer, directamente y sobre el terreno, lo que en realidad allí estaba sucediendo. Y fue más pronto de lo que pensaba pues, solo unas semanas después de la mencionada conversación con el Subsecretario, el ministro Oreja me llamó para indicarme que los reyes iban a realizar una visita de estado a China y consideraba que yo debería acompañarles, ya que ello podía significar para mí una importante toma de contacto con el país, a cuya Embajada debería incorporarme en breve, dado que las autoridades chinas habían concedido ya mi *placet*.

Agradecí mucho aquella decisión del ministro, que me iba a permitir familiarizarme con la realidad china, contemplada desde una posición tan importante como la que suponía participar en una visita de estado. Lo que no sabía yo entonces era que tendría, además, la oportunidad de conocer de cerca y escuchar los criterios

---

10. Su pensamiento se recopiló en el llamado «Libro rojo».

y puntos de vista de aquel líder emergente, Deng Xiaoping, que era quien iba a dirigir, por parte china, las conversaciones con los reyes.

La visita de nuestros reyes tuvo lugar entre el 16 y el 21 de junio de 1978 y alcanzó gran significación e importancia en el desarrollo de las relaciones hispano chinas, como más adelante tendré ocasión de comentar. En cuanto a mi presencia en aquel viaje, me resultó de extraordinario interés y utilidad.

Al término del viaje de los reyes a China, regresé de nuevo a Lisboa. A nuestra despedida de Portugal, que los Condes de Barcelona nos hicieron el honor de presidir, acudieron, junto con los amigos portugueses y españoles que con tanto afecto nos habían acogido en tan querido país, personalidades políticas de muy diferente talante. Desde Mario Soares o Sa Machado, entonces ministro de Exteriores, a Alvaro Cunhal, secretario del Partido Comunista o Sa Carneiro, malogrado líder del PSD quien, años después, moriría en accidente de aviación. La presencia de personalidades políticas tan dispares en lo que era una reunión privada amistosa, fue un claro indicio de que los portugueses habían encontrado su tradicional camino de compromiso y diálogo. Los excesos de la Revolución eran ya cosa del pasado.

Al abandonar Portugal, nos llevábamos, además de muchos y muy gratos recuerdos, una gran admiración por un pueblo, cuyas señas de identidad son la corrección, la dignidad y la caballerosidad.

## II

### Pekín, octubre de 1978. El comienzo de mi Embajada

El viaje a Pekín desde Lisboa era largo y requería escalas en Estados Unidos, que me permitieron recordar mi anterior estancia cuando, en la década de los años sesenta, estuve destinado en la Embajada de España en Washington. Aquellos habían sido años repletos de acontecimientos importantes, tras el asesinato del presidente Kennedy. Había sido la época de la *Gran negación*, en terminología de Marcuse, del apogeo de la generación *beat*, de la efervescencia *hippy*, del *flower power*, de la guerra de Vietnam, de los asesinatos de Martin Luther King y de Robert Kennedy, de los *riots* de Washington y de la lucha por los derechos de los afroamericanos. Todo aquello, sin embargo, pertenecía a otra historia.

El objetivo de mi viaje era China, un país sobre el que escribí entonces unas notas que transcribo a continuación: «China es un país —o, más bien, un continente— al que, como he leído en algún lugar, Hegel llamó *unidad inmóvil*. ¿Seguirá siendo China esa unidad inmóvil? Las noticias que me llegan indican lo contrario, pero habrá que esperar para ver». Pronto iba a descubrir que China estaba viva y en movimiento y sus nuevos líderes, estaban empeñados en crear una China, moderna y dinámica.

En la escala de Nueva York, uno de mis hijos me advirtió que estaban informando en televisión de la muerte del Papa. Pensé que era un error ya que, un mes antes, Pablo VI había fallecido y supuse que estarían pasando alguna información retrospectiva. Como mi hijo insistía en que era una noticia nueva, conecté la televisión y,

efectivamente, estaban anunciando la muerte repentina —era el 28 de septiembre de 1978— de Juan Pablo I, Albino Luciani, anterior Arzobispo de Venecia. Su pontificado había durado solo treinta y tres días.

El nuevo Papa, Karol Wojtyla, hasta entonces arzobispo de Cracovia, inauguraría su pontificado, el siguiente 16 de octubre, con el nombre de Juan Pablo II, estando nosotros ya en Pekín. Personalidad fascinante y de gran influencia en los acontecimientos mundiales que se sucedieron en las casi tres décadas de su pontificado<sup>11</sup>, no pudo conseguir, sin embargo, llegar a acuerdos con Pekín para mejorar la situación de los católicos chinos.

Aterrizamos en Pekín el 4 de octubre de 1978. Era mi segunda llegada a la capital china, tras la que, dos meses antes, había realizado acompañando a los reyes.

Además del Servicio de Protocolo chino, nos esperaban mis compañeros y colaboradores en la Embajada, Norberto Ferrer y Eduardo Quesada, quienes, mientras nos dirigíamos al salón del aeropuerto, me explicaron que también me estaban esperando los miembros del Cuerpo Diplomático hispanoamericano que —me advirtieron— se encontraban en tres salones diferentes. En el primero, estaban todos los embajadores latinoamericanos a excepción del Embajador de Cuba, quien me esperaba en un segundo salón, y del Embajador de Chile que se encontraba en un tercer salón. Los Embajadores de Cuba y Chile —era la época de Pinochet— no habían aceptado estar juntos en el mismo lugar, pero ambos querían recibir al Embajador de España. Los chinos, muy avezados en estas cuestiones protocolarias, lo habían dispuesto todo con gran cuidado, acompañando un miembro del servicio de protocolo a cada uno de los Embajadores solitarios.

---

11. En un capítulo posterior examinaré la situación de las minorías religiosas en China, especialmente de los católicos chinos.

Todos nos recibieron con gran cordialidad y debo decir que me conmovió aquel recibimiento. Una vez más, pude apreciar lo que, en tantas ocasiones a lo largo de mi carrera profesional, he comprobado, la amistad y el afecto que nuestros hermanos de sangre y cultura de América latina prestan a sus colegas españoles, amistad y afecto que, por mi parte, también les he profesado siempre. Pude comprobar, igualmente, que las habituales normas protocolarias chinas eran capaces de solventar con facilidad los problemas que, en ese terreno, surgían en aquel país milenario.

Agradecí muy sinceramente a todos, la muestra de aprecio y amistad hacia España que su presencia significaba y, a los Embajadores de Cuba y Chile, su especial consideración en querer recibirme a pesar de las circunstancias. Yo, por mi parte, trataría de corresponder, con mi mejor voluntad de fraternidad y amistad.

Tras esa recepción, para mí tan inesperada y tan grata, salimos del sector oficial y atravesamos el salón público del aeropuerto. El espectáculo era muy distinto del que contemplé, a mi llegada, en la anterior visita acompañando a los reyes. Entonces, todo había sido colorido y canciones alegres de niños que portaban flores y banderitas para dar la bienvenida a los reyes de España. Ahora contemplaba a una muchedumbre seria, vestida con trajes todos iguales —los llamados en Occidente trajes Mao— que, en coherencia con el igualitarismo propugnado por el maoísmo, se habían impuesto a toda la población, con colores diferentes en función de su trabajo. Ello me hizo recordar, con pesar, a George Orwell. ¿Un mundo feliz...?

Aquella muchedumbre de descolorido aspecto, que parecía fundirse con las paredes del destartado salón central del Aeropuerto, fumaba casi en su totalidad. Alguien me apuntó que era la única satisfacción en libertad que las masas chinas podían permitirse, masas que, por otra parte, aún no acababan de creerse que la pesadilla de la Revolución Cultural había terminado.



Al margen de lo anecdótico, lo cierto es que desembarcaba en un país de nueve millones y medio de kilómetros cuadrados, catorce mil kilómetros de costas, veinte mil de fronteras terrestres y ciento treinta mil kilómetros de ríos y canales navegables. La población era entonces, según el último censo —por cierto, solo relativamente fiable—, de ochocientos cincuenta millones de habitantes, con un índice de analfabetismo del 24% y una renta *per cápita* de 217 dólares. Sin embargo, su ejército estaba estimado en cerca de cuatro millones y medio de soldados. Colosal y contradictorio eran los dos adjetivos que mejor podían describir la realidad del mundo al que llegaba.

Desde el aeropuerto nos trasladamos directamente a la Embajada, en el barrio de Sanlitun. Allí me reuní con el resto del personal de la misión y con el escaso grupo de españoles residentes en Pekín, a los que había invitado para una primera toma de contacto.

Siete días después de mi llegada, el 11 de octubre, víspera de nuestra Fiesta Nacional, presenté, en el Gran Palacio del Pueblo, mis Cartas Credenciales al mongol U Lanfu, vicepresidente de la Asamblea Nacional Popular, autoridad que, como representante del Estado, al no existir la figura de presidente de la República, recibía las credenciales de los embajadores extranjeros.

Era de buen augurio presentar las credenciales tan pronto, cuando había habido Embajadores, según me comentaron algunos colegas, que habían tenido, a veces, que esperar meses antes de poder hacerlo. También me advirtieron que en China nada solía ser casual. Existía una política de «gestos», con una tradición de siglos, que la República Popular había hecho suya. Algo que iba desde el lugar o el momento en que aparecían los líderes en un acto oficial, lo que indicaba su importancia política en la nomenclatura, a la sutileza en la utilización de unas u otras palabras de bienvenida, que permitían conocer el grado de interés real del visitante, pasando por la frecuencia de la presencia en público de unos u otros líderes,

lo que indicaba el nivel de su poder efectivo. La prontitud en la presentación de mis cartas credenciales debía interpretarla, me dijeron, como un gesto amistoso hacia el rey de España que, meses antes, se había ganado, en su visita a Pekín, el aprecio de los líderes chinos.

Nunca he tenido a lo largo de mi carrera una presentación de credenciales más distendida y amistosa. El ceremonial, en el Palacio del Pueblo, aunque sencillo era de gran dignidad. A ello ayudaba la sólida figura física de mi anfitrión, el referido U Lanfu. Pero lo más grato fue que en la ceremonia estaban presentes algunos altos funcionarios chinos, a los que ya había conocido durante la visita de los reyes, desde el viceministro de Asuntos Exteriores, Zhang Wenjin, hasta el intérprete que actuó en las entrevistas con Deng Xiaoping. La habilidad y meticulosidad de los chinos cuando desean crear un ambiente grato y distendido es extraordinaria y así fue en aquel primer acto oficial de mi misión, que resultó también una primera lección sobre la importancia de los «gestos» en la vida política China.

El panorama político que encontré al llegar a Pekín era, a la vez, contradictorio y esperanzador. Mao, el artífice de la Revolución, ya no existía. La Revolución Cultural pertenecía al pasado aunque sus secuelas resultaran aún visibles. Estábamos en el post-maoísmo, mas aún no estaba suficientemente claro cuál era el camino que China iba a seguir. Hua Guofeng era, oficialmente, el nuevo gran mandatario, que había podido imponerse a las facciones rivales enfrentadas a la muerte de Mao: los radicales liderados por Jiang Qing, la viuda de Mao y los que propugnaban cambios en la forma de conducir la economía, cuya figura más emblemática acabaría siendo la de Deng Xiaoping. Los primeros habían continuado, tras la muerte del Gran Timonel, sus maniobras en las altas esferas del poder, a pesar de que la figura de Hua contaba con el aval del difunto líder, y había sido nombrado por el Comité Central para ocupar la dirección del Partido, del Gobierno y del Ejército. Por ello, finalmente,

Hua decidió deshacerse de ellos. En una operación inesperada, un mes después de la desaparición de Mao, Hua Guofeng ordenó la detención de Jiang Qing y de sus seguidores —«la banda de los cuatro»— como más adelante tendré ocasión de comentar.

A mi llegada a Pekín, se me plantearon múltiples interrogantes para las que debía encontrar respuesta. ¿Qué había pasado realmente en China en los últimos treinta años de Revolución bajo la dictadura de Mao? ¿Por qué había fracasado la modernización en China? ¿Cuánto tiempo duraría el mandato de Hua Guofeng, tras haberse liberado de los radicales? ¿En qué medida había quedado condicionado el futuro de China por la política ideologizada de Mao? ¿Hasta dónde Deng Xiaoping, el líder emergente, podría llevar adelante sus propósitos de modernizar y hacer progresar la deteriorada situación económica por la que atravesaba el país?

Para mejor comprender el momento que se estaba viviendo en China, me propuse conocer, lo más a fondo posible, los personajes, acontecimientos y circunstancias que habían hecho posible el triunfo de la Revolución comunista y la proclamación, por Mao Zedong, de la República Popular China, así como los hechos más importantes acaecidos durante su dictadura. Ello me permitiría valorar mejor la situación en que se encontraba el país a mi llegada.

Lo primero que tenía que conseguir era un mayor contacto con los chinos. En el pasado reciente, aquello había sido imposible pero la situación comenzó a cambiar. El Ministerio de Exteriores fue al principio, la única puerta de acceso permitida a un Embajador extranjero y sus funcionarios se mostraban recelosos ante él y no osaban salirse del «guión establecido». La consolidación de la autoridad de Deng y los nuevos criterios que fueron permitiendo la revisión de la situación anterior irían, poco a poco y no sin dificultad, abriendo un espacio de interlocución que permitiría un mejor conocimiento del pasado inmediato y del presente esperanzador.

### III

## El largo camino de la Revolución comunista en China y el triunfo de Mao Zedong

Cuando, en 1919, Moscú creó el Komintern para fomentar la revolución comunista mundial, China estaba entre sus prioridades. Con el apoyo de la URSS, dos años después, en 1921, el profesor Chen Duxiu pudo crear en Shanghai el Partido Comunista Chino, para lo que contó con la colaboración del también profesor Li Dazhao.

Las instrucciones de la III Internacional comunista habían sido que la Revolución en China debía seguir el modelo soviético, basándose en el proletariado urbano e industrial. Así se intentó hacer al principio pero, tras varios fracasos en las ciudades, algunos líderes comunistas chinos del momento, a los que se uniría Mao, consideraron que la revolución tenía que tener como bases, las masas campesinas que, como el mismo Mao recordaba, representaban el 80% de la población china. Esas masas campesinas serían dirigidas por el Partido Comunista chino, cuyos miembros pasarían a ser, por así decirlo, los «nuevos mandarines» de la nueva China.

El éxito inicial de Mao Zedong, al que algunos calificaron, en su momento, de nuevo «emperador» de una nueva dinastía, fue precisamente haber asumido ese principio de que el «marxismo-leninismo» para poder triunfar en China, tenía que adaptarse a la realidad social china de unas masas campesinas, en gran parte analfabetas, adaptación que se hizo contra el parecer de Stalin y de algunos de los primeros líderes del partido comunista chino.

La personalidad de Mao Zedong, que acabaría siendo el líder supremo de la Revolución, era bastante compleja. Había nacido en 1893, cerca de Changsha, provincia de Hunan, en el seno de una familia campesina relativamente acomodada, siendo el tercero y único hijo superviviente, hasta entonces, del matrimonio aunque, posteriormente, nacerían dos hermanos más. Era su nombre Zedong (Brillo del Este) y su apodo o sobrenombre, Mao (Hijo de la roca).

Mao Zedong, que se adhirió al Partido Comunista en sus comienzos, al quedar impresionado por la personalidad y el carisma de Chen Duxiu, se convirtió en un revolucionario que creía en la revolución, como único camino para crear una nueva China, capaz de acabar con el retraso y las injusticias de una sociedad cuasi feudal y con las humillaciones y descalabros internacionales sufridos, primero por el Imperio a lo largo del siglo XIX y, después, por la República China proclamada en 1911.

Mao, prácticamente autodidacta y cuyos conocimientos más importantes procedían de la biblioteca provincial de Changsha, había vivido, desde aquella capital de Hunan, la caída del Imperio, la proclamación de la República de Sun Yatsen, la presidencia de Yuan Shih kai y el debilitamiento de la autoridad central del gobierno de Pekín, al convertirse los jefes militares provinciales en señores de la guerra y finalmente, la invasión japonesa. Aquellas circunstancias le marcaron profundamente.

En su personalidad compleja confluían, además, una capacidad de liderazgo indudable, una actitud totalmente despiadada frente al adversario, una gran ambición de poder, un poeta propulsor de utopías y una evidente habilidad para imponer sus criterios e ideas entre sus pares en el Partido, actuando muchas veces, al principio de su carrera, incluso contra las órdenes expresas de la cúpula del momento.

Su pensamiento era una mezcla de marxismo-leninismo, sabiduría popular campesina y cierta utopía poética que estaba seguro que sería aceptada, como él mismo decía en un poema,

*por quienes,  
al comenzar su trabajo cada día,  
ven la tierra del hibisco  
plenamente iluminada por la luz de la aurora.*

Su visión iconoclasta, despiadada, utópica y poética de una realidad sangrante, fue también determinante en su convicción de que todo podría conseguirse, si se movilizaba a las masas a través de sus fibras sensibles, mediante campañas ideológicas, incluso cuando ello supusiera un desafío a las leyes más elementales de la economía, lo que explicaría, en gran medida, sus grandes fracasos económicos. También es cierto que esa visión utópica de Mao, unida a su talante campesino, fue la que le llevó, junto con otros «camaradas», a hacer de la necesidad virtud y convertir, como más adelante veremos, la retirada estratégica del ejército comunista frente al de Chiang Kaishek, en el mito del heroísmo y el sacrificio que la Revolución China necesitaba. La Larga Marcha se convirtió en la gran aventura del comunismo en China, trece años después de la constitución del Partido.

El Partido comunista, en sus primeros años de existencia, no había podido —o no había sabido— progresar al ritmo que esperaban los líderes del Kremlin, por lo que Moscú, en enero de 1923, cambió su estrategia y decidió apoyar a los nacionalistas de Sun Yatsen que habían creado un gobierno nacionalista revolucionario en Cantón, para luchar contra el gobierno republicano de Pekín, de Yuan Shihkai, que, «curiosamente», reclamaba por entonces, de Moscú, la devolución de Mongolia Exterior que los soviéticos habían ocupado.